

Era un veinticinco de octubre de 1.937. Pepe estaba en clase jugando con su lápiz durante una monótona clase de ciencias. De repente sonó el timbre y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa que contrarrestaba con esos ojos pardos, que parecían cansados, mostrados hace apenas unos minutos. Cuando ese sonido ensordecedor inundó el aula, Pepe dio un brinco y bajo corriendo las viejas escaleras de su colegio. Al llegar al patio una brisa fría le inundó todo el cuerpo y por fin, después de mucho tiempo se sintió feliz. Después de meses de bombardeos Pepe pudo volver a jugar con su pandilla a imitar a esos futbolistas que tanto admiraban, con ese balón hecho con el papel de un periódico viejo y amarillento. También jugaron a las chapas y se podía observar en la cara de todos esos niños una ilusión que ya nadie recordaba. Pero Pepe y sus amigos no jugaron a los soldados. Eso eran juegos de antes de todo, de antes de la guerra, cuando los soldados solo aparecían en las películas americanas que los niños veían en el cine los domingos por la tarde.